

**Cristina Iglesia, *La violencia del azar*. Ensayo sobre literatura argentina
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, 200 páginas.**

La violencia del azar. Ensayo sobre literatura argentina de Cristina Iglesia es una recopilación de catorce artículos que en su mayoría ya habían sido publicados en medios académicos nacionales e internacionales entre los años 1992 y 2000, agrupados en tres partes (“zonas de tránsito crítico” las denomina la autora) y una coda final en donde se incluye un trabajo inédito que recupera la figura del gauchito Gil y describe la fiesta anual que se lleva a cabo en su santuario desde una perspectiva más cercana a la de los estudios culturales.

En el prólogo, la autora presenta esta colección de “ensayos breves” como una relectura. Esto significa un retorno a los textos de la tradición nacional a partir de nuevos horizontes y, a su vez, una invitación a desandar el camino de su propia práctica crítica. En este sentido, la colección de ensayos cobra el valor de una retrospectiva.

La primera parte, “El terror delicado”, indaga formas de sometimiento femenino en una serie de textos que se abre con *Cicatrices* de Juan José Saer, continúa con las crónicas coloniales de Ruy Díaz de Guzmán, Lozano y Ulrico Schmidel, y concluye con *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia. En el análisis de *Cicatrices* se ocupa de la relación entre Sergio Escalante y su criada Delicia, a quienes considera “una de las parejas más inquietantes de la literatura argentina contemporánea”. La relación con Delicia marcaría la degradación de Escalante, “un intelectual de provincia que se condena a escribir ensayos que nadie leerá y a convivir con una sirvienta con la que no puede mantener un verdadero diálogo pero con cuyo dinero puede jugar, cuya comida puede comer y cuyo cuerpo oscuro puede tocar y penetrar”. Luego detiene su mirada en el cuerpo cargado de erotismo de la cautiva blanca en el episodio mítico de Lucía Miranda. Primero analiza la versión de *La Argentina manuscrita* de Ruy Díaz de Guzmán, cuyo relato sería un mito fundacional mediante el cual “los conquistadores definen el espacio americano como propio y al indio como violador de la frontera”. Iglesia observa que el mito transforma a los indios en los agentes de las violencias ejercidas, en realidad, por el español, invirtiendo los términos estructurantes de la situación de conquista y funcionando como “justificación y naturalización de todo el complejo sistema ideológico de la conquista”. A continuación, estudia los nuevos usos que adquiere este mito en las crónicas de los historiadores jesuitas de los siglos XVII y XVIII, que resulta ahora “un valioso exorcismo y también un llamado de alerta sobre los riesgos del mestizaje, sobre todo cuando su dirección es indio-mujer blanca, porque resemantiza el relato con la idea de exterminio y destrucción del blanco”. Finalmente, incluye la crónica de Ulrico Schmidel con el propósito de analizar sus estrategias retóricas para aprehender en la escritura el cuerpo de la mujer indígena.

La segunda parte, “Tierra adentro”, se abre con el estudio de lo que Iglesia denomina “biografías de pasajes” en el *Facundo* de Sarmiento. Son breves historias de personajes cuyas vidas tienen lugar a uno y otro lado de la frontera. Su interés reside en registrar “el proceso por el cual el texto de Sarmiento se ve desbordado en su esquema maniqueo de civilización y barbarie por la intensa ficcionalización a la que el escritor somete a estas biografías”. Los tres ensayos siguientes están dedicados a *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, texto que, según Iglesia, “es el primer y quizá único ejemplo de folletín autobiográfico en la literatura argentina”. En el primero de ellos, sitúa al texto de Mansilla en el marco del diario *La Tribuna*, en cuyo folletín apareció publicado, y se ocupa de los conflictos políticos que lo tenían al autor como protagonista. “La expansión literaria del texto de Mansilla”, sostiene Iglesia, “tiene que ver con la búsqueda de seducir por la escritura a un público que conoce al mismo tiempo el relato de sus aventuras con los indios y los pormenores políticos de su destinación como comandante de fronteras”. En el siguiente, explora los desplazamientos constantes a los que somete la dicotomía liberal de civilización y barbarie. Estos desplazamientos transforman la expedición semi oficial en un viaje de placer y posibilitan producir “el deseo de lo que está del otro lado de la civilización”. El escándalo de la escritura de Mansilla, añade Iglesia, residiría en “construir el despojamiento del desierto como lugar del deseo”. Por último, analiza el encuentro entre civilizados y bárbaros en medio del desierto cuando el viajero llega a Tierra Adentro. Esta segunda parte concluye con un ensayo sobre *El entonado* de Juan José Saer, donde procura indagar la manera en que el texto organizaría su propio juego entre ficción e historia.

La tercera parte, “Resplandores urbanos”, reúne textos sobre Eugenio Cambaceres, Arturo Canelo, Eduardo Holmberg, Victoria Ocampo y Eduardo Wilde. Si los textos de los cronistas coloniales, Sarmiento y Mansilla se habían situado en la frontera de la civilización, *Pot-pourri* de Eugenio Cambaceres encuentra su lugar en los límites de las estéticas dominantes y configuraría un texto hecho de “fragmentos de retóricas diversas, de escenas de géneros tradicionales, de oralidades entremezcladas”.

Este camino innovador, sugiere la autora, habría sido abandonado por Cambaceres, ya que su siguiente obra, *Música sentimental*, si bien prosigue con las técnicas del *collage*, ya se adapta a las convenciones de la novela realista-naturalista, consolidadas definitivamente en sus dos últimas novelas. Perspicaz lectora de márgenes, mezclas y fronteras, en el ensayo sobre *Historia funambulesca del profesor Landormy* de Arturo Cancela indaga los cruces entre la parodia de la cultura de la conferencia y el género de la novela de aventuras, en una trama novelesca “que transforma al visitante ilustre en un perseguido de la ley y el orden”. La conferencia y su cultura es el objeto privilegiado de la operación crítica, en tanto producto de “restos de lugares comunes”, refrito de un material de segunda mano que, al divulgar frente a un público más amplio un saber en un principio destinado para pocos, se ubicaría “en el borde entre el saber culto y el popular”. Del mismo modo, el ensayo sobre Holmberg explora los cruces entre el discurso científico y el literario, mientras que el siguiente analiza los encuentros y desencuentros de Victoria Ocampo y Waldo Frank en relación con el proyecto cultural de la revista *Sur*. “Los resplandores urbanos” finalizan con un artículo inédito, “Eduardo Wilde: tiempo que perder”, donde se analizan las estrategias retóricas de las cartas que Wilde envió a *La Prensa* durante su viaje a Europa, poco después de abandonar el gobierno de Juárez Celman en 1889. Iglesia puntualiza que Wilde, a contrapelo de la tradición de los relatos de viajes de argentinos por Europa, representa a este continente como un espectáculo del pasado, desestabiliza el género eludiendo “el artefacto de la descripción” y sustituyéndolo por la forma del inventario que modela un estilo de rematador.

Pese a la aparente disparidad de los textos aquí reunidos, el libro ofrece la impresión de una notable coherencia y unidad. Esto se debe, en parte, a la acertada decisión de seleccionar y analizar el corpus desde la perspectiva de la literatura de viajes y su énfasis en la narración de la experiencia desestabilizadora del encuentro con el otro. Pero también a la persistencia de una metodología crítica que privilegia la lectura del detalle y su integración dentro de sistemas más amplios de significación.

La relectura es una forma de la crítica, dice Cristina Iglesia, y la practica con particular maestría tanto sobre los textos ajenos como sobre los propios. Esto último se evidencia en la selección de los artículos, su distribución, la elección de títulos y subtítulos, cuyo resultado es un libro que solapa con notable sutileza el balance de una trayectoria crítica fecunda y original en un ensayo sobre la literatura argentina.

Fabio Espósito

